

ESPAÑA

8-284



1923

Madrid, 11 de agosto.

Año IX.—Núm. 382

SEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL

SUMARIO

La solución del problema de Tánger, por Miguel de Unamuno. - Alhucemas, costoso fantasma. - Memorial de guerra: Glosas al libro del General Berenguer, V, por Manuel Azaña. - Caprichos, por Ramón Gómez de la Serna. - Alta noche, por José G. de Ubieta. La huelga en la Banca. - Oda inicial, por Jorge Guillén. - Lausana-Grindelwald, por Kasimir Edschmid. - Marruecos: La vida rifeña y el campo, por Edmundo Rosa. - Crepúsculo, por Félix Delgado. - La semana teatral: Procesamiento de Fraga y de Martínez Sierra. - Libros. - Revistas. - Bibliografía.

LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA DE TÁNGER

El caso es que nos traen ya medio locos con esa cuestión de Tánger. Que Francia quiere que siga bajo la soberanía, nominal ¡claro! de ese pobre soldán de Marruecos que dicen que echó al Kaiser cuando su teatralada en el *Panther*; que Inglaterra quiere que se internacionalice; que España... Pero ¿es que España quiere algo? En lo de Tánger, ¡no! En lo de Tánger España, la nación española, no el reino de España, no quiere nada. La nación española no puede distraerse o divertirse con lo de Tánger. Ni logran llevarle a ello los que suscitan esa diversión táctica.

Derechos históricos? Si a la historia acudimos sería Portugal, y no España, quien mejores derechos podría alegar. Pero cremos que hay una solución que mantendría la internacionalización y satisfaría otros intereses. Vamos a verla.

De 1580 a 1640, durante sesenta años, estuvieron España y Portugal no unidos sino dependiendo de una misma corona, la de los Habsburgos nacidos y criados en España Felipe II, III y IV. Eran reyes de España y de Portugal, pero Portugal y España no formaban un solo reino, no estaban fundidos. Y creía el gran historiador ibérico Oliveira Martins que de haberse fusionado los dos reinos, de haberse hecho la unidad nacional, Portugal no se habría separado de España. A lo que hemos de volver, ahora, en vísperas acaso de nuevos movimientos secesionistas, pero que debemos dejar por el pronto. De la misma manera estuvieron Inglaterra y Hannover, y de otra parte, Suecia y Noruega.

¿Por qué no se intenta una solución así? ¿Por qué no se

constituye con Tánger y su radio un Principado y se nombra Príncipe de él al rey de España, sea el que fuere? Y de tal modo que si mañana o pasado mañana el rey de España perdiese su reino pudiera quedarse de príncipe de Tánger. Hay que estudiar esta propuesta.

Ya nos percatamos de que eso del Principado de Tánger sugerirá a muchos de nuestros lectores lo del Principado de Mónaco, pero es precisamente éste el que nos ha sugerido nuestra propuesta. Porque no cabe duda de que el Principado de Mónaco está internacionalizado, de que debe su existencia a intereses económicos internacionales y de que el Príncipe de Mónaco cumple un mandato de las potencias que restringen en sus propios dominios la libertad del juego de azar.

A esta internacionalización de Tánger que proponemos se opondrían, si es caso, desde luego el Principado de Mónaco y acaso el Virreinato de San Sebastián, pero ¿no cabría un sindicato de estas pequeñas potencias?

¡Y lo que habría de ganar Tánger con esta solución! ¡Y el campo que les abriría a tantos y tantos industrioses españoles que no tienen hoy donde ejercitar debidamente sus ocios y sus talentos! ¿Es que en nuestra cruzada en Marruecos no se ha demostrado cumplidamente las aptitudes que tenemos los españoles para el género de explotación que proponemos se implante en Tánger? Nuestro genio se ha demostrado siempre, desde la conquista del Perú, altamente azaroso. El español ha sabido jugarse la vida.

La instauración del Principado de Tánger en las condiciones que proponemos resolvería a la vez tres problemas: 1.º, el de la más perfecta internacionalización del azar; 2.º, el problema colonial de Marruecos, y 3.º, el problema del régimen de España. ¡Cuánto más descan-

sado, y hasta más lucrativo, ser sólo Príncipe de Tánger que tener que soportar las tristes incumbencias de la soberanía constitucional hoy en España!

Piénsenlo bien nuestros diplomáticos del reino de España; piénsenlo bien! Es la solución ideal; es la que armoniza todos los intereses; es la que procura todas las debidas compensaciones. Y hasta se le podría satisfacer al soldán de Marruecos. Y Francia, que protege dentro de su territorio nacional, al Principado de Mónaco, no vería inconveniente alguno en proteger en Marruecos al Principado de Tánger. Y en cuanto a la ex-puritana y siempre cinica Inglaterra...

Pero quien ganaría más con esa solución sería España. ¿Nos libraríamos de tantos caballeros...!

MIGUEL DE UNAMUNO.



ALHUCEMAS, COSTOSO FANTASMA

Otra vez está el Gobierno embarazado con un plan político-militar sobre Alhucemas, hermano menor de aquel plan cuyo simple esbozo nos sumió hace dos años en un espanto inolvidable y en dificultades de las que nunca acertaremos a salir. Esperamos que el embarazo no llegue a colmo, y que las bélicas ansias de los vengadores de ultrajes, resulten vanas. ¡Cómo! ¿Otro verano patriótico? ¿Nuevos desembarcos, avances, estruendo de armas, mortandad, despilfarro? ¿La necesidad española describe una órbita tan breve, que le bastan pocos meses para recuperar el punto en que brillaba cuando nos creíamos sedientos de sangre rifeña? No podemos admitirlo, ni queremos creerlo. Lejos estamos nosotros de aplicar a los desastres de Africa (mejor sería decir: al desastre de Africa, porque es permanente, y se agrava a cada minuto), el aforismo, que pudiera suscribir Pangloss, de «no hay mal que por bien no venga». Aquel es demasiado mal, demasiado dolor; si nos enseña algo, es pagar excesivamente caro la sabiduría. Pero, con todo, eso que el pueblo español ha aprendido a tanta costa no vamos a dejarlo perder; ha aprendido a odiar la aventura marroquí y a manifestar su aborrecimiento. Con este sentir del pueblo pretendemos alegir contra las solapadas claudicaciones del Gobierno, prescindiendo momentáneamente de nuestra opinión propia, contraria desde siempre a gastar sangre y dinero en Marruecos.

Someter por la fuerza a los marroquíes es, sobre injusto, imposible. Ni estamos en Marruecos para llevarlo todo a sangre y fuego, ni (echemos a volar la fantasía marcial) aunque nos dejasen ocupar y guarnecer todos los zocos, aduares, zauías y morabos que desde hace años danzan en nuestros oídos, seríamos dueños de la tierra que pisásemos. Acabar la empresa militarmente, es cosa que excede de nuestros recursos económicos y técnicos. Todo lo que se hace en Marruecos es un error colosal, desde que salimos en son de guerra del recinto de nuestras antiguas plazas. ¿Qué representa en el camino de la solución de este conflicto ocupar victoriosamente otra playa, otro macizo, quemar otros poblados? Representa un retroceso, una complicación más. Pues si la obra es irrealizable, tal como hasta ahora se ha intentado, y el país se opone a que se hagan nuevas pro-

bituras, ¿qué actitud es la del Gobierno regando con el sudor de sus frentes preocupadas los planes y proyectos elaborados por sus subalternos, en lugar de imponer el cumplimiento de sus planes propios, los que la opinión reclama, planes que sus compromisos le recuerdan a cada paso, los únicos que consiente el interés vital de España?

La verdad es que el Gobierno liberal, sólo con dudar en lo que debe hacer, se deshonor. La cosa es clara. Apenas se bosquejó, todavía en la oposición, ese racimo de medianías a que llaman Concentración liberal, quiso asumir la tutela del sentimiento público y ofreció, para cuando los conservadores le dejaran el puesto libre (¡oh!, no traía malas intenciones), la paz en Marruecos, la vuelta de las tropas, cerrar esa herida. ¡Milagro de esperanza! Bastó aquella oferta para que el advenimiento de los liberales al Poder fuese recibido con simpatía. Muy gastados y desacreditados reaparecían estos jefecillos; era notoria la ineptitud de casi todos, la deslealtad de algunos, la pomposa vaciedad del otro, e insuficiente, como prenda de renovación, la rancia virginidad del reformismo coadyuvante. Todo podría perdonárseles, en todos estábamos dispuestos a creer si, apoyados en la misma fuerza que les trajo al Gobierno y limitándose a hacer exactamente lo contrario de lo que habían hecho los conservadores, cumplían su promesa, declarando la paz a los marroquíes. Más tarde ya hubiésemos visto qué era eso de reformar la Constitución y la nueva política fiscal... Nada de lo que por pública honestidad había derecho a pedir que se hiciese, se ha hecho. Y así como la significación estrictamente política del Gobierno se ha desvanecido (con la silenciosa conformidad de quien menos podía esperarse que se conformara), hasta el punto de que ya ni siquiera se habla de los proyectos de reforma constitucional, nuestra acción en Marruecos sigue atascada en las mismas dificultades de hace un año, y sufriendo de la misma indecisión, de igual torpeza. ¿Qué más nos da que el alto comisario ciña un uniforme militar, o el caprichoso indumento creado por el señor Silvela? Esta es la única variante introducida por los liberales en Marruecos: una reforma de sastrería.

Parece que el Gobierno ha gastado su pacifismo en sofocar los incendios belicosos que de vez en cuando prenden en su propio seno. Que al cabo de muchos meses esté el Gobierno confrontando dictámenes, sopesando proyectos de conquista, y midiendo, azorado, la distancia que va desde sus compromisos solemnes a las realidades que otros le pintan, es un puro escándalo. ¿Hablaron estos señores a tontas y a locas, hace un año, ignorando lo que es Marruecos? ¿Hablaron a sabiendas de que no les dejarían cumplir su palabra? ¿O es ahora cuando desfallecen, cuando abandonan su convicción personal y traicionan el mandato expreso que han recibido del país? Si para extinguir la guerra ha de esperarse a que no haya nadie, en ambas orillas del Estrecho, que pretenda sacar su racioncita de gloria y prepararse un ducado, un marquesado para sí y sus sucesores legítimos, medrados estamos. Con tal espera, la cuenta del Gobierno liberal va siendo ya tan grave como la de los conservadores. Una operación más, con sus probables pérdidas inútiles, y quedarán empatados.

La conquista de Alhucemas se desechará al fin y a la postre, no porque sea disparatada y estéril (otros mayores desatinos se han cometido), sino por la situación de algunas fuerzas políticas, situación que favorece a los partidarios de la paz inmediata. Las cosas están de tal modo en España, que cuando se discute algún problema nacional, lo

